

www.elboomeran.com

EL EFECTO LUCIFER

PAIDÓS CONTEXTOS

Últimos títulos publicados:

- C. Fourel (comp.), *André Gorz. Una fábula sobre la libertad*
R.-P. Droit, *Occidente explicado a todo el mundo*
B. Sherwood, *El club de los supervivientes. Los secretos y la ciencia que podrían salvar tu vida*
Z. Bauman, *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*
A. Lowen, *La experiencia del placer. Vivencias corporales, creatividad y bioenergética para alcanzar una vida más plena*
Michel Pastoureau, *Azul. Historia de un color*
D. Gira, *El budismo explicado a mis hijas*
M. Conche, *Confesiones de un filósofo. Respuestas a André Comte-Sponville*
G. Anders, *El piloto de Hiroshima. Más allá de los límites de la conciencia. Correspondencia entre Claude Eatherly y Günter Anders*
R. J. Sternberg y K. Sternberg, *La naturaleza del odio*
T. Eagleton, *Los extranjeros. Por una ética de la solidaridad*
S. Orbach, *La tiranía del culto al cuerpo*
J. Baggini, *¿Se creen que somos tontos? 100 formas de detectar las falacias de los políticos, los tertulianos y los medios de comunicación*
M. Motterlini, *Trampas mentales. Cómo defenderse de los engaños propios y ajenos*
G. Anders, *Nosotros, los hijos de Eichmann. Carta abierta a Klaus Eichmann*
R.-P. Droit, *La ética explicada a todo el mundo*
R. Muchembled, *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*
N. Harnoncourt, *La música es más que las palabras. La música romántica: entrevistas y comentarios*
A. Massarenti, *Instrucciones de cómo tomarse las cosas. Píldoras de filosofía mínima*
S. Cardús, *Bien educados. Una defensa útil de las convenciones, el civismo y la autoridad*
L. Ferry y L. Jerphagnon, *La tentación del cristianismo. De secta a religión*
R. Girard y G. Vattimo, *¿Verdad o fe débil? Diálogo sobre cristianismo y relativismo*
R.-P. Droit, *Una breve historia de la filosofía*
P. Picq, *Darwin y la evolución explicados a nuestros nietos*
J. McConnachie, *En busca del Kamasutra*
B. Goldacre, *Mala ciencia. No te dejes engañar por curanderos, charlatanes y otros farsantes*
A. Comte-Sponville, *El placer de vivir*
S. Lukes, *Relativismo moral*
G. Nardone, *Los errores de las mujeres (en el amor)*
P. Gay, *La cultura de Weimar. Una de las épocas más espléndidas de la cultura europea del siglo XX*
P. Schmitt Pantel, *Dioses y diosas de la Grecia antigua explicados a todo el mundo*
M. Chebel, *El islam. Historia y modernidad*
J. M^a Martínez-Selva, *Tecnoestrés. Ansiedad y adaptación a las nuevas tecnologías en la era digital*
K. Armstrong, *Doce pasos hacia una vida compasiva*
P. Vernus, *Los dioses egipcios explicados a mi hijo*
L. Jerphagnon, *¿La estupidez? Veintiocho siglos hablando de ella*
C. R. Rogers, *El proceso de convertirse en persona. Mi técnica terapéutica*
J. Baggini, *La trampa del ego. Qué significa ser tú.*
V. E. Frankl, *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*
A. Demurger, *Caballeros y caballería explicados a mis nietos*
T. Eagleton, *Razón, fe y revolución*
S. Blackmore, *El zen y el arte de la conciencia*
P. Zimbardo, *El efecto Lucifer. El porqué de la maldad*
J. Muñoz Redon, *El libro de las preguntas desconcertantes. Ser y no ser*

www.elboomeran.com

PHILIP ZIMBARDO

EL EFECTO LUCIFER

El porqué de la maldad

Título original: *The Lucifer Effect*, de Philip Zimbardo
Originalmente publicado en lengua inglesa por Granta Publications

Traducción de Genís Sánchez Barberán

Diseño de cubierta de Lucrecia Demaestri
Adaptación de la cubierta de Idee

1ª edición, 2008

1ª edición en esta presentación, febrero 2011

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2007 by Philip Zimbardo, Inc.

All Rights Reserved

© 2008 de la traducción, Genís Sánchez Barberán

© 2008 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.espacioculturalyacademico.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-0663-1

Depósito legal: B-226-2012

Impreso en Limpergraf, S. L.

c/ Mogoda, 29-31 08210 - Barberà del Vallès (Barcelona)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

*Dedicado a la serena heroína de mi vida,
Christina Maslach Zimbardo*

Sumario

Agradecimientos	11
Prólogo	15
1. La psicología del mal: transformación del carácter por la situación	23
2. Domingo: detenciones por sorpresa	49
3. Domingo: rituales de degradación	73
4. Lunes: los reclusos se rebelan	95
5. Martes: visitas y asaltantes	125
6. Miércoles: las cosas se desmadran	151
7. El poder de conceder la libertad	189
8. Jueves: encontronazo con la realidad	219
9. Viernes: fundido a negro	243
10. Significado y mensajes del EPS: la alquimia de la transformación del carácter	271
11. EPS: ética y extensiones	317
12. Estudio de la dinámica social: poder, conformidad y obediencia	349
13. Estudio de la dinámica social: desindividuación, deshumanización y maldad por inacción	393
14. Los maltratos y las torturas de Abu Ghraib: entender y personalizar sus horrores	423
15. El Sistema a juicio: complicidad de los mandos	483
16. Resistir las influencias situacionales y celebrar el heroísmo ...	551

Notas	599
Lista de ilustraciones	653
Índice analítico y de nombres	655

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la valiosa ayuda que he tenido la suerte de recibir en cada etapa del largo recorrido entre su concepción inicial y su redacción final.

INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Todo empezó con la planificación, la realización y el análisis del experimento que llevamos a cabo en la Universidad de Stanford en agosto de 1971. El primer impulso para poner en marcha esta investigación surgió del proyecto para unas clases sobre la psicología del encarcelamiento a cargo de David Jaffe, que más tarde desempeñaría el papel de subdirector de la prisión de nuestro experimento. Con el fin de preparar el experimento y entender mejor la mentalidad de los reclusos y del personal penitenciario, y para explorar las cualidades esenciales de la naturaleza psicológica de toda experiencia carcelaria, impartí un curso de verano en la Universidad de Stanford centrado en estos temas. Para ello conté con la colaboración de Andrew Carlo Prescott, que hacía poco había obtenido la libertad condicional tras una serie de largas reclusiones en prisiones de California. Carlo nos brindó su valiosa experiencia actuando como asesor del experimento y desempeñando el papel de presidente de nuestra «junta de libertad condicional». Dos estudiantes licenciados, William Curtis Banks y Craig Haney, participaron de lleno en cada etapa de la producción de este singular proyecto de investigación. Esta experiencia marcó para Craig el inicio de una carrera de gran éxito en los campos de la psicología y del derecho que le ha llevado a ser uno de los principales

defensores de los derechos de los reclusos; también ha escrito conmigo varios artículos sobre temas relacionados con el sistema penitenciario como institución. Les agradezco a los dos las aportaciones que hicieron a aquel estudio y sus conclusiones intelectuales y prácticas. También deseo expresar mi mayor agradecimiento a todos y cada uno de los estudiantes universitarios que se ofrecieron a participar en aquella experiencia que algunos, después de tantos años, aún no han podido olvidar. De nuevo les pido perdón por el sufrimiento que les haya podido causar.

INVESTIGACIÓN SECUNDARIA

La tarea de pasar la videoteca del experimento de la prisión a formato DVD y de hacer las transcripciones de las grabaciones ha recaído en Sean Bruich y Scott Thompson, dos estudiantes excepcionales de Stanford. Además de destacar los episodios más importantes de este material, Sean y Scott también han contribuido a recopilar una amplia selección de material adicional sobre diversos aspectos del estudio.

Del paso siguiente, recopilar y organizar abundante material adicional a partir de recortes de prensa, notas mías y artículos diversos, se han encargado Tanya Zimbardo y Marissa Allen. Un equipo formado por otros estudiantes de Stanford, sobre todo Kieran O'Connor y Matt Estrada, se ha encargado de comprobar todas las referencias. Matt también ha realizado la transcripción de mi entrevista grabada en audio con el sargento Chip Frederick.

Deseo agradecer las propuestas y los comentarios sobre varios capítulos del primer y el segundo borrador que he recibido de diversos colegas y estudiantes, entre ellos Adam Breckenridge, Stephen Behnke, Tom Blass, Rose McDermott y Jason Weaver. Anthony Pratkanis y Cindy Wang merecen un agradecimiento especial por su ayuda en la parte del capítulo final centrada en la resistencia a las influencias no deseadas. También deseo agradecer a Zeno Franco sus aportaciones a las nuevas formas de contemplar la psicología del heroísmo.

Mi interpretación de la situación militar en Abu Ghraib y en otros escenarios de la guerra está muy en deuda con los conocimientos de la suboficial Marci Drewry y del coronel y psicólogo militar Larry James. Doug Bracewell me ha facilitado el acceso a fuentes de información muy útiles en Internet sobre muchos temas relacionados con las cuestiones que

abordo en los dos capítulos del libro dedicados a Abu Ghraib. Además de haber dedicado mucho tiempo a este caso sin recibir remuneración alguna, Gary Myers, abogado del sargento Frederick, también me ha proporcionado todos los materiales y datos que necesitaba para entender aquella compleja situación. Adam Zimbardo me ha ofrecido un agudo análisis de la naturaleza sexual de las «fotos de trofeo» que documentan las «diversiones» del turno de noche de la galería 1A.

También debo expresar mi mayor agradecimiento a Bob Johnson (amigo, colega y coautor de nuestro libro de texto de introducción a la psicología, *Core Concepts*). Bob se ha leído todo el manuscrito y me ha hecho valiosas sugerencias para mejorarlo, al igual que Sasha Lubomirsky, que me ha ayudado a coordinar las aportaciones de Bob con las de Rose Zimbardo. Rose es profesora honoraria de literatura inglesa y se ha asegurado de que todas las frases del libro cumplan el objetivo de transmitir mi mensaje al gran público. Gracias a todos ellos por haberme prestado su ayuda con tanta gentileza y sentido común.

Gracias también a mi editor de Random House, Will Murphy, por su edición tan meticulosa, un arte ya perdido en muchos editores, y por su valeroso intento de reducirlo a sus temas esenciales. Lynn Anderson ha realizado a la perfección la corrección del texto y, junto con Vincent La Scala, ha añadido claridad y coherencia a mis mensajes. John Brockman ha actuado como agente y ángel custodio de este libro y de su promoción.

Por último, tras haber estado escribiendo doce horas seguidas o más, noche tras noche y día tras día, mi cuerpo dolorido se preparaba para la siguiente jornada gracias a los masajes de Gerry Huber, de la Healing Winds Massage de San Francisco, y a los de Ann Hollingsworth, del Gualala Sea Spa, cuando trabajaba en mi refugio de Sea Ranch.

A todos y cada uno de mis ayudantes, familiares, amigos, colegas y estudiantes que me han ayudado a transformar mis pensamientos en palabras y a plasmarlas en el manuscrito que ha dado origen a este libro, mi agradecimiento más profundo y sincero.

Ciao,
PHIL ZIMBARDO

Prólogo

Me gustaría decir que escribir este libro ha sido una empresa agradable; pero no lo ha sido ni un solo momento en los dos años que me ha llevado terminarlo. Sobre todo ha sido especialmente desagradable revisar todas las cintas de vídeo del experimento de la prisión de Stanford (EPS) y leer una y otra vez los textos con sus transcripciones. El tiempo había ido borrando el recuerdo de la maldad creativa de muchos de los carceleros, del sufrimiento de muchos de los reclusos y de mi pasividad al dejar que los maltratos siguieran durante tanto tiempo, de mi maldad por inacción.

También había olvidado que hace treinta años empecé la primera parte de este libro por encargo de otra editorial. Pero lo acabé dejando porque no estaba preparado para revivir aquella experiencia tan reciente. Me alegro de no haber seguido adelante obligándome a escribir, porque el momento adecuado ha sido éste. Ahora poseo más experiencia y puedo aportar una perspectiva más madura a esta tarea tan compleja. Además, las similitudes entre los maltratos de Abu Ghraib y los acontecimientos del EPS han dado más validez a nuestra experiencia de la prisión de Stanford y ayudan a explicar la dinámica psicológica que ha contribuido a crear los espantosos maltratos de esta prisión tan real.

Otro obstáculo agotador que ha hecho difícil la redacción de este libro ha sido el hecho de haberme volcado por completo en investigar los maltratos y las torturas de Abu Ghraib. Como perito para la defensa de uno de los policías militares que custodiaba a los prisioneros, acabé actuando más como un periodista de investigación que como un psicólogo social. Intenté averiguar todo lo que pude sobre aquel joven militar: realicé largas entrevistas con él, mantuve conversaciones y correspondencia

con sus familiares, examiné su hoja de servicios como oficial de prisiones y como militar, y me puse en contacto con otros militares que habían servido en aquella prisión. Al final acabé sintiendo en primera persona cómo era hacer el turno de noche en la galería 1A de Abu Ghraib, de las cuatro de la tarde a las cuatro de la madrugada, durante cuarenta noches seguidas, sin interrupción.

Como perito judicial que iba a declarar en su juicio para exponer las fuerzas situacionales que contribuyeron a los maltratos que había cometido, tuve acceso a la totalidad de los centenares de imágenes que documentaban aquella depravación en formato digital. Fue una tarea muy poco grata. Además, tuve acceso a todos los informes entonces disponibles elaborados por diversas comisiones de investigación militares y civiles. Puesto que se me dijo que no estaba autorizado a llevar notas detalladas al juicio, tuve que aprenderme de memoria sus principales detalles y conclusiones. A ese reto cognitivo se le añadió la gran tensión emocional que supuso la dura condena que recibió el sargento Ivan «Chip» Frederick; de una manera informal, me ofrecí a él y a su esposa Martha para prestarles orientación psicológica. Con el tiempo, he acabado siendo para ellos «el tío Phil».

Me sentía doblemente frustrado e irritado, primero por la negativa de los militares a aceptar alguna de las muchas circunstancias atenuantes que les había expuesto y que deberían haber reducido la dura condena a prisión de Frederick por haber contribuido directamente a su conducta censurable. El fiscal y el juez se negaron a considerar cualquier idea de que las fuerzas situacionales pudieran influir en la conducta individual. Se atenían a la concepción individualista que comparten la mayoría de las personas de nuestra cultura. Era la idea de que los hechos tenían una causa totalmente «disposicional», que eran consecuencia de la decisión racional y libre del sargento Chip Frederick de actuar con maldad. Mi preocupación aumentó al ver que muchos de los informes de investigación «independientes» culpaban sin ambages de los maltratos a los oficiales al mando por su negligencia. En estos informes, presididos por generales y ex altos cargos de la administración, quedaba claro que la cadena de mando militar y civil había creado un «cesto podrido» donde un grupo de buenos soldados se habían transformado en «manzanas podridas».

Si hubiera escrito este libro poco después de acabar el experimento de la prisión de Stanford, me habría contentado con explicar que las fuerzas situacionales tienen más poder del que pensamos para conformar nues-

tra conducta en muchos contextos. Sin embargo, habría pasado por alto el poder aún mayor de crear el mal a partir del bien: el poder del Sistema, ese complejo de fuerzas poderosas que crean la Situación. La psicología social ofrece muchísimas pruebas de que el poder de la situación puede más que el poder de la persona en determinados contextos. Expondré estas pruebas en varios capítulos. No obstante, muy pocos psicólogos se han interesado por las fuentes más profundas de poder inherentes a la matriz política, económica, religiosa, histórica y cultural que define las situaciones y les otorga una entidad legítima o ilegítima. La comprensión plena de la dinámica de la conducta humana nos exige reconocer el alcance y los límites del poder personal, del poder situacional y del poder sistémico.

Modificar o impedir una conducta censurable por parte de personas o de grupos exige una comprensión de las fuerzas, las virtudes y las vulnerabilidades que aportan estas personas o grupos a una situación dada. Luego debemos reconocer plenamente el conjunto de fuerzas situacionales que actúan en ese contexto conductual. Modificar o aprender a evitar estas fuerzas puede tener un impacto mayor para reducir las reacciones individuales censurables que cualquier medida correctora que se centre únicamente en las personas que se hallan en la situación. La diferencia entre estos enfoques es similar a la que se da entre la salud pública y el modelo médico habitual, que se centra en el tratamiento de enfermedades concretas. Sin embargo, si no nos hacemos sensibles al verdadero poder del Sistema, que siempre se oculta tras un velo de secretismo, y entendemos plenamente sus propias reglas, el cambio conductual será pasajero y el cambio situacional ilusorio. A lo largo de este libro repetiré como un *mantra* que intentar entender las aportaciones de la situación y del sistema a la conducta de cualquier persona no excusa a la persona ni la exime de responsabilidad por la comisión de actos inmorales, ilegales o malvados.

Al reflexionar sobre las razones que me han impulsado a dedicar gran parte de mi carrera profesional al estudio de la psicología del mal —la violencia, el anonimato, la agresividad, el vandalismo, la tortura, el terrorismo—, también debo tener en cuenta las fuerzas situacionales que han actuado en mi formación. El hecho de crecer en la pobreza de un gueto del Bronx, en la ciudad de Nueva York, conformó en gran medida mis prioridades y mi actitud ante la vida. La vida urbana del gueto se reducía a sobrevivir aprendiendo los conocimientos útiles «de la calle». Esto sig-

nifica saber apreciar quién posee un poder que se pueda usar a nuestro favor o en contra nuestra, a quién debemos evitar, con quién nos debemos congradar. Significa aprender a descifrar sutiles indicios situacionales para saber cuándo apostar y cuándo pasar; significa crear obligaciones mutuas y saber qué hace falta para pasar de ser un seguidor a ser el cabecilla.

En aquellos días, antes de que la heroína y la cocaína azotaran el Bronx, la vida del gueto era la vida de personas desposeídas, de niños cuyo recurso máspreciado, a falta de juguetes y tecnologías, eran otros niños con los que jugar. Algunos de estos niños se convirtieron en víctimas o autores de actos de violencia; otros a los que tenía por buenos acabaron haciendo verdaderas maldades. A veces estaba muy claro cuál era el catalizador. Por ejemplo, estaba el padre de Donny, que le castigaba por cualquier trastada desnudándolo y haciéndole arrodillarse en la bañera sobre granos de arroz. Por lo demás, aquel «padre torturador» era una persona encantadora, sobre todo con las señoras que vivían en el bloque de pisos. Siendo apenas adolescente, Donny, destrozado por esas experiencias, acabó en prisión. Había otro chaval que desahogaba sus frustraciones desollando gatos vivos. Para ser admitidos en la pandilla todos tuvimos que robar, pelearnos con otros niños, llevar a cabo algún acto audaz y meternos con las chicas y con los niños judíos que iban a la sinagoga. Nada de todo aquello se consideraba malvado, ni siquiera malo; sólo seguíamos las normas de la pandilla y obedecíamos al cabecilla.

Para nosotros —aquellos niños—, el poder del sistema eran los conserjes grandotes y con mala uva que nos echaban de los portales y los carseros sin corazón que podían desahuciar a familias enteras haciendo que las autoridades bajaran sus pertenencias a la calle por no haber pagado el alquiler. Aún me duele recordar la vergüenza que sentían. Pero nuestro peor enemigo era la policía, que se abatía sobre nosotros mientras jugábamos al béisbol en las calles (con un bate hecho de un palo de escoba y una pelota Spalding de goma). Sin decirnos por qué, nos confiscaban los bates y no nos dejaban jugar. No había un lugar donde jugar a menos de dos kilómetros de donde vivíamos: las calles eran todo lo que teníamos y aquella pelota de goma rosada no suponía ningún peligro para los ciudadanos. Recuerdo que una vez escondimos los bates al ver que la policía venía y que los policías me preguntaron dónde los habíamos escondido. Cuando me negué a responder, un agente dijo que me detendría y, mientras me empujaba para que entrara en el coche patrulla, me di un coscorrón

contra la puerta. Después de aquello nunca me he vuelto a fiar de un adulto con uniforme salvo que se me demuestre que hay razones para hacerlo.

Habiendo crecido así, sin ninguna vigilancia por parte de los padres —porque en aquellos días los niños y los padres nunca se mezclaban en las calles—, está claro de dónde me viene la curiosidad por la naturaleza humana y, sobre todo, por su cara más oscura. Así pues, *El efecto Lucifer* se ha estado incubando en mi interior durante muchos años, desde mis días de juego en el gueto hasta mi instrucción formal en la ciencia psicológica; aquella curiosidad me ha llevado a plantearme preguntas muy profundas y a intentar darles respuesta mediante pruebas empíricas.

La estructura de este libro es bastante inusual. Empieza con un capítulo que esboza el tema de la transformación del carácter humano y habla de ángeles y de personas buenas que acaban haciendo algo malo, incluso algo malvado y diabólico. Plantea la pregunta fundamental de hasta qué punto nos conocemos a nosotros mismos, hasta qué punto podemos predecir con seguridad lo que haríamos o dejaríamos de hacer en situaciones en las que nunca nos hemos encontrado. Como Lucifer, el ángel favorito de Dios, ¿podríamos vernos arrastrados a la tentación de hacer lo inconcebible a otras personas?

Los capítulos dedicados al experimento de la prisión de Stanford constituyen un estudio muy detallado de la transformación que sufrieron unos estudiantes universitarios al desempeñar los roles asignados al azar de reclusos o de carceleros en una prisión simulada que al final acabó siendo muy real. Capítulo a capítulo, el relato de los hechos sigue un formato cinematográfico y adopta la forma de una narración en tiempo presente y en primera persona con una interpretación psicológica mínima. Tras la conclusión del estudio —al que hubo que poner fin antes de tiempo—, examinaremos lo que aprendimos de él, describiremos y explicaremos las pruebas que obtuvimos, y veremos con más detalle los procesos psicológicos que actuaron.

Una de las principales conclusiones del experimento de la prisión de Stanford es que el poder sutil pero penetrante de una multitud de variables situacionales puede imponerse a la voluntad de resistirse a esta influencia. Esta conclusión se examina con mucha más profundidad en una serie de capítulos dedicados a investigaciones y estudios de la ciencia social que abordan el mismo fenómeno. Veremos que una gama muy amplia de participantes en estos estudios —como estudiantes universitarios

o ciudadanos corrientes— acabaron accediendo, obedeciendo o dejándose tentar para hacer cosas que no podían imaginar antes de entrar en el campo de esas fuerzas situacionales. Examinaremos una serie de procesos psicológicos dinámicos que pueden inducir a una persona buena a obrar mal, entre ellos la desindividuación, la obediencia a la autoridad, la pasividad frente a las amenazas, la autojustificación y la racionalización. Otro proceso psicológico fundamental para transformar a personas normales y corrientes en autoras indiferentes o incluso complacientes de actos malvados es la deshumanización. La deshumanización es como una catarata en el cerebro que nubla el pensamiento y niega a otras personas su condición de seres humanos. Hace que esas otras personas lleguen a verse como enemigos mercedores de tormento, tortura y exterminio.

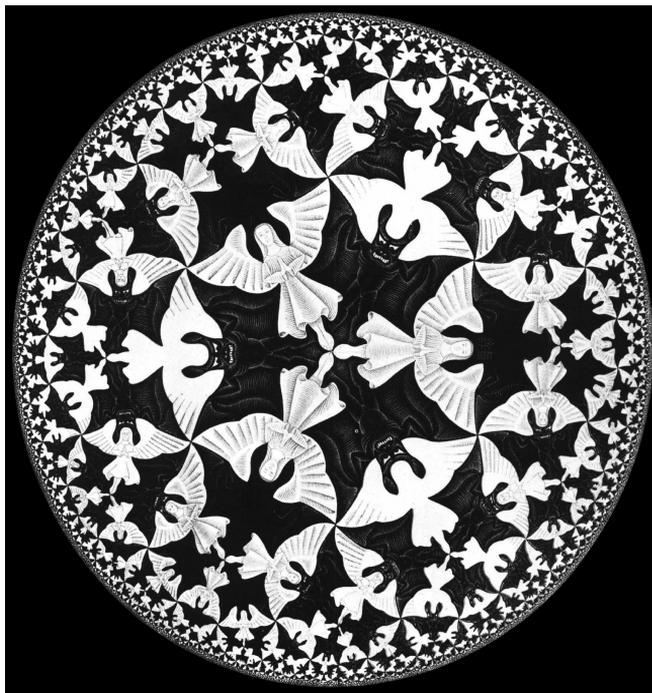
Con estos instrumentos analíticos a nuestra disposición, pasaremos a reflexionar sobre las causas de los maltratos y las torturas que sufrieron unos prisioneros de la cárcel iraquí de Abu Ghraib a manos de los policías militares estadounidenses encargados de su custodia. La afirmación de que estos actos inmorales fueron producto del sadismo de unos cuantos soldados sin escrúpulos, de unas cuantas «manzanas podridas», queda en entredicho al estudiar los paralelismos entre las fuerzas situacionales y los procesos psicológicos que actuaron en la prisión de Abu Ghraib y los que actuaron en nuestra prisión de Stanford. Examinaremos con detalle el Lugar, la Persona y la Situación para extraer conclusiones sobre las fuerzas que intervienen en la generación de las atrocidades que aparecen en las repugnantes «fotos de trofeo» que tomaron los soldados mientras maltrataban a sus prisioneros.

Es entonces cuando llega el momento de ascender por la cadena explicativa y pasar de la persona a la situación y de la situación al sistema. Basándome en media docena de informes de investigación de estos maltratos y en datos de diversas fuentes jurídicas y de organizaciones a favor de los derechos humanos, me arrogo el papel de fiscal para encausar al Sistema. Llegando hasta los límites de nuestro sistema jurídico, que exige encausar a personas y no a situaciones o sistemas por un acto delictivo, primero acuso de complicidad a cuatro militares de alta graduación y luego amplió esta acusación a la estructura de mando civil de la administración Bush. Como miembro del jurado, el lector decidirá si las pruebas confirman su culpabilidad.

Este viaje más bien sombrío al corazón —y la mente— de las tinieblas toma un giro radical en el capítulo final. También hay buenas noticias que

dar sobre la naturaleza humana, sobre lo que podemos hacer cada uno de nosotros para hacer frente al poder situacional y sistémico. En todas las investigaciones que se citan en el libro y en los ejemplos que presentamos del mundo real siempre ha habido personas que se han resistido y no han cedido a la tentación. Lo que las ha librado del mal no ha sido una bondad intrínseca de carácter mágico, sino su conocimiento, la mayoría de las veces intuitivo, de unas estrategias de resistencia mental y social. Basándome en mis propias experiencias y en los conocimientos de otros psicólogos sociales expertos en los campos de la influencia y la persuasión, expondré brevemente una serie de estrategias que nos permitirán resistir mejor las influencias sociales no deseadas (se puede hallar una versión más detallada en el sitio web de este libro, www.lucifereffect.com).

Por último, cuando la mayoría cede, podemos considerar héroes a los pocos que se rebelan ante las fuerzas poderosas que les impulsan a la aceptación, la conformidad y la obediencia. Hemos llegado a pensar que nuestros héroes son especiales, que se distinguen de nosotros, los simples mortales, por sus hazañas o su vida de sacrificio. Aquí reconoceremos que estos seres especiales, los que por ejemplo entregan su vida a una causa humanitaria, existen, pero son la excepción; la mayoría de los héroes son héroes del momento, de la situación, que actúan con decisión cuando deben hacerlo. De este modo, el viaje de *El efecto Lucifer* llega a su fin con una nota positiva, celebrando al héroe ordinario que vive en cada uno de nosotros. Frente al concepto de la «banalidad del mal», frente al hecho de que gente normal y corriente pueda cometer los más viles actos de crueldad y degradación, propongo el concepto de la «banalidad del heroísmo» para describir a los muchos hombres y mujeres corrientes que responden con heroísmo a la llamada del deber. Saben que esa llamada suena para ellos. Es la llamada a defender lo mejor de la naturaleza humana, a superar la poderosa fuerza de la Situación y del Sistema, a reafirmar con firmeza la dignidad del ser humano frente a la maldad.



*«Círculo límite IV», de M. C. Escher. © 2006 The M. C. Escher
Company-Holland.*

Todos los derechos reservados. www.mcescher.com

CAPÍTULO 1

La psicología del mal: transformación del carácter por la situación

La mente es su propia morada y por sí sola puede hacer del cielo un infierno y del infierno un cielo.

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*

Observemos unos instantes esta extraordinaria imagen. Luego cerremos los ojos y traigámosla a la memoria.

¿Vemos mentalmente los ángeles blancos que bailan contra el cielo oscuro? ¿O vemos los demonios negros, esos diablos con cuernos que habitan el espacio blanco y refulgente del infierno? En esta ilusión del artista M. C. Escher, las dos perspectivas son posibles. Cuando tomamos conciencia de la relación entre el bien y el mal no podemos ver uno sin ver el otro. En lo que sigue no dejaré que el lector vuelva a la confortable separación entre «su lado bueno y sin tacha» y «su lado malo y perverso», y a lo largo de nuestro viaje por extraños parajes le pediré que se pregunte una y otra vez: «¿Sería yo capaz de actuar con maldad?».

En la imagen de Escher se plasman tres verdades psicológicas. La primera es que el mundo está lleno de bondad y de maldad: lo ha estado, lo está y siempre lo estará. La segunda es que la barrera entre el bien y el mal es permeable y nebulosa. Y la tercera es que los ángeles pueden convertirse en demonios y, algo que quizá sea más difícil de imaginar, que los demonios pueden convertirse en ángeles.

Quizás esta imagen nos recuerde la transformación suprema del bien en el mal, la metamorfosis de Lucifer en Satanás. Lucifer, el «portador de luz», era el ángel favorito de Dios hasta que se enfrentó a la autoridad divina y fue arrojado al infierno junto con los otros ángeles caídos. «Mejor es reinar en el infierno que servir en el cielo», se jacta Satanás, el «adver-

sario de Dios» en *El paraíso perdido* de Milton. En el infierno, Lucifer-Satanás se convierte en un embustero, en un vanidoso impostor que alardea con lanzas, trompetas y estandartes, como los dirigentes de muchos países de hoy. En el congreso demoníaco que reúne a los principales demonios del infierno, se le dice a Satanás que no podrá recuperar el cielo mediante una confrontación directa.¹ Sin embargo, al príncipe de Satanás, Belcebú, se le ocurre la más malvada de las soluciones para vengarse de Dios: corromper su creación suprema, el género humano. Aunque Satanás tiene éxito al tentar a Adán y Eva para que desobedezcan a Dios y caigan en el mal, Dios decreta que, al final, el ser humano se salvará. Sin embargo, hasta que llegue ese momento, Satanás tiene libertad para reclutar a brujos y brujas para con su ayuda tentar a la humanidad y hacerla caer en el mal. Más adelante, estos intermediarios de Satanás se convertirían en el blanco de los fervientes inquisidores que deseaban librar al mundo del mal, aunque sus métodos horribles acabarían dando origen a una nueva forma de maldad sistémica que el mundo, hasta entonces, no había conocido.

El pecado de Lucifer es lo que los pensadores de la Edad Media llamaron *cupiditas*.^{*} Para Dante, los pecados que brotan de esta raíz son los peores, los «pecados del lobo», la condición espiritual de tener en el interior de uno mismo un agujero negro tan profundo que nunca se podrá llenar con cantidad alguna de poder o de dinero. Para quienes sufren de ese mal mortal, lo que existe fuera del ego sólo tiene valor si el ego puede apropiarse de ello o explotarlo. En el infierno de Dante los culpables de este pecado se hallan en el noveno círculo, congelados en el lago de hielo. Por no haberse ocupado en vida de otra cosa salvo de sí mismos, están atrapados en un ego helado para toda la eternidad. Haciendo que las personas se centren en sí mismas de este modo, Satanás y sus seguidores les

^{*} *Cupiditas*, en castellano, significa codicia, es decir, avaricia, ambición, el deseo ardiente de riqueza o de poder sobre otros. *Cupiditas* habla del deseo de convertir en uno mismo o de tomar para uno mismo todo aquello que sea «otro», que no sea uno mismo. La lujuria y la violación son formas de *cupiditas* porque suponen usar a otra persona como si fuera una cosa para satisfacer los propios deseos; el asesinato por dinero también es *cupiditas*. Es lo contrario del concepto de *caritas*, que significa verse a uno mismo como parte de un círculo de amor donde cada ego tiene valor por sí mismo pero también por su relación con los demás. «Haz con los demás como desees que hagan contigo» es una expresión débil de *caritas*. Es probable que la frase latina *Caritas et amor, Deus ibi est*, «Dondequiera que haya *caritas* y amor, allí está Dios», exprese mejor este concepto. (*Nota del t.*)

hacen apartar la mirada de la armonía de amor que une a todos los seres vivos.

Los pecados del lobo hacen que el ser humano se aparte de la gracia divina y haga del ego su único bien, un bien que acaba siendo su prisión. En el noveno círculo del infierno, los pecadores, poseídos por el espíritu del lobo insaciable, se hallan congelados en una prisión autoimpuesta donde recluso y carcelero se han fusionado en una realidad egocéntrica.

En su búsqueda académica de los orígenes de Satanás, la historiadora Elaine Pagels plantea una turbadora tesis sobre el significado psicológico de Satanás como espejo de la humanidad:

Lo que nos fascina de Satanás es su forma de expresar cualidades que van más allá de lo que habitualmente reconocemos como humano. Satanás evoca algo más que la avaricia, la envidia, la lujuria y la cólera que identificamos con nuestros peores impulsos, y algo más que lo que llamamos brutalidad, que atribuye a los seres humanos una semejanza con los animales («brutos»). Por lo tanto, el mal, en su peor especie, parece tocar lo sobrenatural, lo que reconocemos, con un estremecimiento, como el inverso diabólico de la caracterización que Martin Buber hace de Dios como «totalmente otro».²

Tememos el mal, pero nos fascina. Creamos mitos de conspiraciones malvadas y llegamos a creer en ellos lo suficiente para movilizar nuestras fuerzas en su contra. Rechazamos al «otro» por diferente y peligroso porque nos es desconocido, pero nos fascina contemplar excesos sexuales y violaciones de códigos morales cometidos por quienes no son como nosotros. El profesor de estudios religiosos David Frankfurter concluye su búsqueda del «Mal encarnado» centrándose en la construcción social de este «otro» malvado.

[L]a construcción del Otro *social* como caníbal-salvaje, demonio, brujo, vampiro o una amalgama de todo ello, se basa en un repertorio coherente de símbolos de inversión. Los relatos que narramos sobre los pueblos de la periferia juegan con su salvajismo, sus costumbres libertinas y su monstruosidad. Al mismo tiempo, es indudable que la combinación de placer y horror que sentimos al contemplar esta «Otridad» —unos sentimientos que influyeron en la brutalidad de los colonos, los misioneros y los ejércitos que entraron en las tierras de esos Otros— también nos afecta en el nivel de la fantasía individual.³

TRANSFORMACIONES: ÁNGELES, DEMONIOS Y SIMPLES MORTALES

El efecto Lucifer es mi intento de entender los procesos de transformación que actúan cuando unas personas buenas o normales hacen algo malvado o vil. Nos ocuparemos de una pregunta fundamental: «¿Qué hace que la gente actúe mal?». Sin embargo, en lugar de recurrir al tradicional dualismo religioso del bien contra el mal, de la naturaleza sana contra la sociedad corruptora, veremos a personas reales realizando tareas cotidianas, enfrascadas en su trabajo, sobreviviendo en el mundo a menudo turbulento del ser humano. Trataremos de entender las transformaciones de su carácter cuando se enfrentan al poder de las fuerzas situacionales.

Empecemos con una definición de la maldad. La mía es sencilla y tiene una base psicológica: *La maldad consiste en obrar deliberadamente de una forma que dañe, maltrate, humille, deshumanice o destruya a personas inocentes, o en hacer uso de la propia autoridad y del poder sistémico para alentar o permitir que otros obren así en nuestro nombre.*⁴

¿Qué es lo que impulsa la conducta humana? ¿Qué es lo que determina el pensamiento y la acción? ¿Qué hace que algunos de nosotros llevemos una vida recta y honrada y que otros parezcan caer con facilidad en la inmoralidad y el delito? Nuestra concepción de la naturaleza humana, ¿se basa en la suposición de que hay unos *factores internos* que nos guían por el buen o el mal camino? ¿Prestamos una atención suficiente a los *factores externos* que determinan nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos? ¿Hasta qué punto estamos a merced de la situación, del momento, de la multitud? ¿Estamos totalmente seguros de que hay algo que nunca nos podrían obligar a hacer?

La mayoría de nosotros nos escudamos tras unos prejuicios egocéntricos que generan la ilusión de que somos especiales. Estos escudos nos permiten creer que estamos por encima de la media en cualquier prueba de integridad personal. Nos quedamos mirando las estrellas a través del grueso lente de la invulnerabilidad personal cuando también deberíamos mirar la pendiente resbaladiza que se abre a nuestros pies. Estos prejuicios egocéntricos suelen ser más comunes en sociedades individualistas como las de Occidente que en sociedades colectivistas como las de Asia, África y Oriente Medio.⁵

En nuestro viaje por el bien y por el mal pediré al lector que se plantee tres preguntas: ¿hasta qué punto se conoce bien a sí mismo y es cons-

ciente de sus fuerzas y sus debilidades? ¿Procede este conocimiento de sí mismo de haber examinado su conducta en situaciones familiares, o bien procede de haberse hallado en situaciones totalmente nuevas que han puesto a prueba sus viejos hábitos? Siguiendo esta misma línea, ¿hasta qué punto conoce realmente a las personas con las que convive a diario: su familia, sus amigos, sus compañeros de trabajo y su pareja? Una tesis de este libro es que, en general, el conocimiento que tenemos de nosotros mismos se basa únicamente en experiencias limitadas a situaciones familiares donde hay reglas, leyes, políticas y presiones que delimitan nuestra conducta. Vamos a estudiar, a trabajar, de vacaciones, de fiesta; pagamos las facturas y los impuestos, día tras día y año tras año. Pero, ¿qué ocurre cuando nos hallamos en un entorno totalmente nuevo y desconocido donde nuestros viejos hábitos no bastan? Empezamos un trabajo nuevo, acudimos a una cita a ciegas, nos admiten en una hermandad, nos detiene la policía, nos alistamos en el ejército, nos unimos a una secta o nos presentamos para participar en un experimento. Nuestro viejo yo podría no actuar de la manera esperada cuando las reglas básicas cambian.

Me gustaría que a lo largo de nuestro viaje, a medida que vayamos encontrando diversas formas del mal, el lector se preguntara continuamente: «¿Yo también?». Examinaremos el genocidio de Ruanda, los suicidios y asesinatos en masa de los seguidores del Templo del pueblo en las selvas de Guyana, la matanza de My Lai en Vietnam, los horrores de los campos de exterminio nazis, las torturas cometidas por la policía civil y militar de todo el mundo, los abusos sexuales cometidos por sacerdotes católicos, y la conducta escandalosa y fraudulenta de altos cargos de las empresas Enron y WorldCom. También veremos que algunos hilos comunes a todos estos casos de maldad pasan por los maltratos a prisioneros civiles en la cárcel iraquí de Abu Ghraib que se dieron a conocer hace poco. Un hilo especialmente importante que enlaza todas estas maldades surge de una serie de estudios en el campo de la psicología social experimental, sobre todo de un estudio que se ha llegado a conocer como «el experimento de la prisión de Stanford».

¿El mal es fijo e interno o mutable y externo?

La idea de que un abismo insalvable separa a la gente buena de la mala es reconfortante por dos razones. La primera es que crea una lógica bina-

ria que *esencializa* el Mal. La mayoría de nosotros percibimos el Mal como una entidad, como una cualidad inherente a algunas personas y no a otras. Al final, las malas semillas cumplen su destino produciendo malos frutos. Definimos el mal señalando a seres realmente malvados de nuestro tiempo como Hitler, Stalin, Pol Pot, Idi Amin, Saddam Hussein y otros dirigentes políticos que han orquestado matanzas atroces. También aludimos a males menores y más ordinarios, como el tráfico de drogas, las violaciones, la trata de blancas, las estafas a nuestros ancianos y el acoso escolar a nuestros hijos.

Mantener esta dicotomía entre el Bien y el Mal también exime de responsabilidad a la «buena gente». Incluso la exime de reflexionar sobre su posible participación en la creación, el mantenimiento, la perpetuación o la aceptación de las condiciones que contribuyen al crimen, la delincuencia, el vandalismo, la provocación, la violación, la intimidación, la tortura, el terror y la violencia. «El mundo es así: poco se puede hacer para cambiarlo y menos aún puedo hacer yo.»

Hay otra concepción que contempla la maldad desde un punto de vista *incremental* o gradual, como algo de lo que todos somos capaces en función de las circunstancias. En cualquier momento dado, una persona puede poseer en mayor o menor medida un atributo determinado, como la inteligencia, el orgullo, la honradez o la maldad. Nuestra naturaleza puede virar hacia el lado bueno o el lado malo del ser humano. Según esta perspectiva incremental, las cualidades se adquieren mediante la experiencia o la práctica intensiva o por medio de una intervención externa, como el hecho de hallarse ante una oportunidad especial. En otras palabras, podemos aprender a ser buenos o malos con independencia de nuestra herencia genética, nuestra personalidad o nuestro legado familiar.⁶

Otras concepciones: disposicional, situacional y sistémica

La noción esencialista atribuye la conducta a factores *disposicionales* y la noción incremental la atribuye a factores *situacionales*. Cuando nos enfrentamos a una conducta inusual, a algún suceso inesperado, a alguna anomalía que no tiene sentido, ¿qué hacemos para intentar entenderla? El método tradicional ha consistido en identificar las cualidades personales que han dado origen a la acción: la estructura genética, los rasgos de la personalidad, el carácter, el libre albedrío y otras predisposiciones de la

persona. Ante una conducta violenta buscamos los rasgos de una personalidad sádica. Ante un acto de heroísmo buscamos genes que predispongan al altruismo.

En los Estados Unidos, unos estudiantes entran armados en su instituto y matan o hieren a tiros a decenas de compañeros y profesores.⁷ En Inglaterra, dos niños de diez años de edad secuestran en un centro comercial a Jamie Bulger, de dos años, y lo asesinan brutalmente a sangre fría. En Palestina y en Irak, hombres y mujeres jóvenes se convierten en terroristas suicidas. Durante la Segunda Guerra Mundial, en la mayoría de los países europeos muchas personas protegieron a los judíos para que no fueran capturados por los nazis aun sabiendo que ponían en peligro su vida y la de sus familias. En muchos países, hay personas que denuncian prácticas ilícitas en su organización aun a riesgo de salir perdiendo. ¿Por qué?

La postura tradicional (en las culturas que destacan el individualismo) es buscar las explicaciones de la patología o del heroísmo en el interior de la persona. La psiquiatría moderna tiene una orientación disposicional. Lo mismo ocurre con la psicología clínica y con la psicología de la evaluación y la personalidad. La mayoría de nuestras instituciones se fundan en esta perspectiva, incluyendo el derecho, la medicina y la religión. Presuponen que la culpabilidad, la enfermedad y el pecado se hallan en el interior del culpable, del enfermo y del pecador. Intentan entender planteando preguntas sobre el «quién»: ¿*quién* es el responsable? ¿*Quién* lo ha causado? ¿*De quién* es la culpa? ¿*De quién* el mérito?

Los psicólogos sociales (como yo mismo) nos inclinamos a evitar el criterio disposicional cuando intentamos entender las causas de una conducta inusual. Preferimos iniciar nuestra búsqueda de significado planteando preguntas sobre el «qué»: ¿*qué* condiciones pueden contribuir a determinadas reacciones? ¿*Qué* circunstancias pueden generar una conducta? ¿*Qué* aspecto tiene la situación desde el punto de vista de quienes se encuentran en ella? Los psicólogos sociales nos preguntamos en qué medida los actos de una persona se pueden deber a factores externos a ella, a variables situacionales y a procesos propios de un entorno o un marco dado.

La diferencia entre el enfoque disposicional y el enfoque situacional es parecida a la que hay entre la medicina clínica y la salud pública. La medicina clínica intenta hallar el origen de la enfermedad o la discapacidad en el interior de la persona afectada. En cambio, la salud pública presupone que los vectores de la enfermedad están en el entorno y crean las condicio-

nes que alimentan la enfermedad. A veces, la persona enferma es el producto final de unos agentes patógenos del entorno que, con independencia de los intentos de mejorar la salud de esa persona, podrán afectar a otras si no se los combate. Por ejemplo, desde el punto de vista disposicional, a un niño que manifieste problemas de aprendizaje se le puede administrar una variedad de tratamientos médicos y conductuales para que supere el problema. Pero en muchos casos, y sobre todo entre la gente pobre, la causa del problema es la ingestión del plomo que contienen las cascarillas de pintura que caen de las paredes desconchadas de los bloques de pisos, y el problema empeora más a causa de las condiciones de pobreza: éste sería el enfoque situacional. Estas perspectivas alternativas no son simples variaciones abstractas de unos análisis conceptuales, sino que conducen a formas muy diferentes de abordar los problemas personales y sociales.

Esta distinción la deberíamos tener presente todos los que intentamos saber por qué la gente hace lo que hace y cómo se la puede cambiar para que haga las cosas mejor. Pero en las culturas individualistas es rara la persona que no se ha contagiado del prejuicio disposicional y no dirige su mirada, antes que nada, a los motivos, los rasgos, los genes y las patologías personales. Cuando intentamos entender las causas de la conducta de otras personas tendemos a sobrevalorar el peso de los factores dispocionales y a infravalorar la importancia de los situacionales.

En los siguientes capítulos presentaré abundantes pruebas que contrarrestan la visión disposicional y veremos cómo llega a transformarse el carácter de las personas en situaciones donde actúan fuerzas poderosas. Normalmente, la persona y la situación mantienen una interacción dinámica. Aunque seguramente pensamos que poseemos una personalidad constante en el tiempo y en el espacio, es probable que no sea así. No somos los mismos cuando trabajamos a solas o cuando lo hacemos en grupo, cuando nos hallamos en una situación romántica o en un ámbito educativo, cuando estamos con buenos amigos o entre una multitud anónima, cuando nos encontramos en el extranjero o en nuestro lugar habitual de residencia.

El Malleus Maleficarum y el programa IDB de la Inquisición

Una de las primeras fuentes documentadas del uso habitual de la perspectiva disposicional para entender el mal y librar al mundo de su influencia perniciosa es un texto que se convirtió en la biblia de la Inquisi-

ción, el *Malleus Maleficarum* o «Martillo de los brujos»,⁸ que era de lectura obligada para los jueces del Santo Oficio. Empieza con un acertijo que se debe resolver: ¿cómo puede seguir existiendo el mal en un mundo gobernado por un Dios todopoderoso y que es todo bondad? Una respuesta: Dios permite el mal para poner a prueba las almas de los hombres. Si cedés a la tentación, vas derecho al Infierno; si te resistes a ella, se te abren las puertas del Cielo. Sin embargo, Dios puso límites a la influencia directa del diablo sobre la humanidad por haber corrompido a Adán y Eva. La solución del diablo fue llevar a cabo sus maldades usando a los brujos y las brujas como intermediarios con las personas a las que quería corromper.

La solución para impedir la propagación del mal en los países católicos fue encontrar y eliminar a esos brujos y brujas. Para ello hacía falta identificarlos, obligarles a confesar su herejía y después acabar con ellos. El método para identificar y destruir brujos (que en nuestros tiempos podría llamarse «programa IDB») era muy simple y directo: infiltrar espías entre la población para saber quiénes practicaban la brujería, comprobar su condición de brujos obteniendo confesiones mediante el uso de diversas técnicas de tortura, y matar a quienes no superaran la prueba. He expuesto de una manera simplista lo que en realidad fue un sistema de terror, tortura y exterminio diseñado con todo cuidado, pero esta misma simplificación de la complejidad del mal fue lo que alimentó las hogueras de la Inquisición. Hacer de la «brujería» una categoría disposicional abyecta ofreció una fácil solución al problema del mal social: bastaba con identificar a todos los agentes del mal para luego torturarlos y quemarlos en la hoguera.

Tanto la Iglesia como sus Estados aliados estaban en manos de varones, por lo que no debe extrañar que se acusara de brujería a más mujeres que hombres. Las sospechosas solían ser mujeres marginadas o que suponían alguna clase de amenaza: las viudas, las pobres, las feas, las deformes y, en algunos casos, las tenidas por demasiado poderosas u orgullosas. La terrible paradoja de la Inquisición es que el deseo ardiente y muchas veces sincero de combatir el mal generó una oleada de maldad que el mundo no había visto hasta entonces. Con ella empezó el uso por parte del Estado y de la Iglesia de aparatos y métodos de tortura que eran la perversión suprema de cualquier ideal de la perfección humana. La naturaleza exquisita de la mente humana, capaz de crear grandes obras en los campos de las artes, las ciencias y la filosofía, se corrompió para idear actos de «crueldad creativa» destinados a quebrantar la voluntad ajena.

El instrumental del Santo Oficio se sigue usando hoy en día en prisiones y en centros de interrogación militares y civiles de todo el mundo, donde la tortura es algo habitual (como veremos más adelante en nuestra visita a la prisión de Abu Ghraib).⁹

Los sistemas de poder ejercen un dominio vertical

Empecé a apreciar el poder que ejercen los sistemas cuando tomé conciencia de que las instituciones establecen mecanismos para traducir una ideología (como las causas del mal) a procedimientos operativos (como la caza de brujas del Santo Oficio). Ello nos obliga a ampliar considerablemente nuestra concepción para incluir en ella los factores de orden superior —los *sistemas* de poder— que crean y conforman las condiciones situacionales. Dicho de otro modo, para entender una pauta de conducta compleja es necesario tener en cuenta el sistema, además de la disposición y la situación.

Cuando se producen conductas aberrantes, ilícitas o inmorales en el seno de una institución o un cuerpo dedicado a la seguridad, como los funcionarios de prisiones, la policía o el ejército, se suele decir que los autores son unas «manzanas podridas». Esto lleva implícito que constituyen una rara excepción, que se encuentran en el lado oscuro de la línea impermeable que separa el mal del bien, y que al otro lado de esa línea está la mayoría que forman las manzanas sanas. Pero, ¿quién establece esta distinción? Normalmente la establecen los guardianes del sistema con el objetivo de aislar el problema, de desviar la atención y la culpa de quienes están más arriba y pueden ser responsables de haber creado unas condiciones de trabajo insostenibles o de no haber ejercido la debida supervisión. Pero esta atribución disposicional que habla de «manzanas podridas» pasa por alto que el cesto de las manzanas puede corromper a quienes se hallan en su interior. El análisis sistémico se centra en los creadores de ese cesto, en quienes tienen el poder de crearlo.

Los creadores del cesto son la «élite del poder», que con frecuencia actúa entre bastidores; son los que organizan en gran medida las condiciones de nuestra vida y nos obligan a dedicar nuestro tiempo a los marcos institucionales que construyen. El sociólogo C. Wright Mills ha iluminado con sus palabras este agujero negro del poder:

La élite del poder está formada por hombres cuya posición les permite trascender los entornos ordinarios de las personas ordinarias; están en la posición de tomar decisiones que tienen repercusiones vitales. Que tomen o no esas decisiones es menos importante que la posición que ocupan: el hecho de que no actúen, de que no tomen decisiones, es en sí mismo un acto que suele ser más importante que las decisiones que puedan tomar. Y es que están al mando de las principales jerarquías y organizaciones de la sociedad moderna. Dirigen las grandes empresas. Dirigen la maquinaria del Estado y reclaman sus prerrogativas. Dirigen a la clase militar. Ocupan puestos de mando estratégicos en la estructura social que les ofrecen el medio para conseguir el poder, la riqueza y la fama de que gozan.¹⁰

Cuando los diversos intereses de estos dueños del poder coinciden, acaban definiendo nuestra realidad de la forma que George Orwell profetizó en 1984. El complejo militar-industrial-religioso es el megasistema supremo que hoy controla gran parte de los recursos y la calidad de vida de muchos seres humanos.

Cuando el poder se alía con el miedo crónico, se hace formidable.

ERIC HOFFER, *The Passionate State of Mind*

El poder de crear al «enemigo»

Los poderosos no suelen hacer el trabajo sucio con sus propias manos, del mismo modo que los capos de la mafia dejan los «accidentes» en manos de sus secuaces. Los sistemas crean jerarquías de dominio con líneas de influencia y de comunicación que van hacia abajo y rara vez hacia arriba. Cuando una élite del poder quiere destruir un país enemigo, recurre a los expertos en propaganda para crear un programa de odio. ¿Qué hace falta para que los ciudadanos de una sociedad acaben odiando a los ciudadanos de otra hasta el punto de querer segregarlos, atormentarlos, incluso matarlos? Hace falta una «imaginación hostil», una construcción psicológica implantada en las profundidades de la mente mediante una propaganda que transforma a los otros en «el enemigo». Esta imagen es la motivación más poderosa del soldado, la que carga su fusil con munición de odio y de miedo. La imagen de un enemigo aterrador que amenaza el bienestar personal y la seguridad nacional da a las madres y a los

padres el valor para enviar a sus hijos a la guerra y faculta a los gobiernos para reordenar las prioridades y convertir los arados en espadas de destrucción.

Todo esto se hace con palabras e imágenes. El proceso se inicia creando una imagen estereotipada y deshumanizada del otro que nos presenta a ese otro como un ser despreciable, todopoderoso, diabólico, como un monstruo abstracto que constituye una amenaza radical para nuestras creencias y nuestros valores más preciados. Cuando se ha conseguido que el miedo cale en la opinión pública, la amenaza inminente de este enemigo hace que el razonable actúe de una manera irracional, que el independiente actúe con obediencia ciega y que el pacífico actúe como un guerrero. La difusión de la imagen visual de ese enemigo en carteles y en portadas de revistas, en la televisión, en el cine y en Internet, hace que esa imagen se fije en los recovecos de nuestro cerebro primitivo, el sistema límbico, donde residen las potentes emociones del miedo y el odio.

El filósofo social Sam Keen describe con brillantez cómo usan la propaganda prácticamente todos los países que van a la guerra para crear esta imaginación hostil, y revela el poder transformador de estas «imágenes del enemigo» en la psique humana.¹¹ En realidad, las justificaciones del deseo de acabar con la amenaza surgen después, en forma de explicaciones pensadas para la historia oficial que no sirven para el análisis crítico del daño que se va a causar o que se está causando.

El caso más extremo del poder de esta imaginación hostil es cuando justifica el genocidio, el plan de un pueblo para eliminar de la faz de la tierra a todo el que considere su enemigo. Conocemos los métodos usados por la maquinaria propagandística de Hitler para transformar a vecinos, compañeros de trabajo e incluso amigos judíos en enemigos despreciables del Estado merecedores de la «solución final». Este proceso se había sembrado en los libros de texto de primaria mediante imágenes y palabras que describían a los judíos como seres despreciables que no merecían compasión. En este punto me gustaría considerar brevemente un ejemplo reciente de intento de genocidio y del uso de la violación como arma contra la humanidad. Después mostraré que un aspecto de este complejo proceso psicológico, el componente de la deshumanización, se puede investigar por medio de experimentos controlados que aíslan sus rasgos fundamentales para someterlos a un análisis sistemático.

CRÍMENES CONTRA LA HUMANIDAD: GENOCIDIO, VIOLACIÓN Y TERROR

Tres mil años de literatura nos han enseñado que ninguna persona o Estado es incapaz de actuar con maldad. En el relato que hacía Homero de la guerra de Troya, Agamenón, jefe de las fuerzas griegas, dice a sus hombres antes de que se enfrenten al enemigo: «¡Ninguno de los que caigan en nuestras manos se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni ése escape! ¡Perezcan todos los de Ilio, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen!». Estas viles palabras las pronuncia un ciudadano noble de una de las naciones-Estado más civilizadas de su tiempo, la tierra de la filosofía, de la jurisprudencia, del teatro clásico.

Vivimos en el «siglo de las matanzas». Más de cincuenta millones de personas han sido asesinadas sistemáticamente por fuerzas militares y civiles dispuestas a cumplir con las órdenes de matar decretadas por sus gobiernos. En 1915, los turcos iniciaron la matanza de un millón y medio de armenios. A mediados del siglo XX, los nazis asesinaron al menos a seis millones de judíos, tres millones de prisioneros de guerra soviéticos, dos millones de polacos y centenares de miles de «indeseables». Mientras el imperio soviético de Stalin asesinaba a veinte millones de rusos, las políticas del gobierno de Mao Zedong dieron como resultado un número de muertes aún mayor, hasta treinta millones de sus propios conciudadanos. El régimen comunista de los jemereros rojos exterminó a más de un millón y medio de ciudadanos de su propio país, Camboya. Se ha acusado al partido Baaz de Saddam Hussein de haber asesinado a cien mil kurdos iraquíes. En 2006, el genocidio ha estallado en la región de Darfur, en la República de Sudán, un conflicto del que la mayor parte del mundo ha apartado la mirada.¹²

Prácticamente las mismas palabras que dijera Agamenón hace tres mil años se han oído en nuestra época en el país de Ruanda, mientras los hutus gobernantes aniquilaban a sus anteriores vecinos, los integrantes de la minoría tutsi. Una víctima recuerda que uno de sus torturadores le dijo: «Vamos a matar a todos los tutsis y habrá un día en que los niños hutus tendrán que preguntar cómo era un niño tutsi».

Las violaciones de Ruanda

Los pacíficos tutsis de Ruanda, en el África Central, aprendieron que un simple machete, usado contra ellos con mortal eficiencia, podía ser un

arma de destrucción masiva. La matanza sistemática de tutsis por parte de sus anteriores vecinos, los hutus, se extendió por todo el país en pocos meses, durante la primavera de 1994, cuando los escuadrones de la muerte mataron a miles de hombres, mujeres y niños inocentes con machetes y garrotes con clavos. En un informe de Naciones Unidas se calcula que en sólo tres meses fueron asesinados entre 800.000 y un millón de ruandeses, haciendo de esta matanza la más atroz de la historia conocida. Tres de cada cuatro tutsis fueron asesinados.

Los hutus mataban a sus amigos y vecinos cumpliendo órdenes. Diez años después, un asesino hutu decía en una entrevista: «Lo peor de aquella matanza fue matar a mi vecino; solíamos beber juntos y su ganado pastaba en mis tierras. Era como un pariente». Una madre hutu explicaba cómo había matado a golpes a los niños que vivían en la casa de al lado, que la miraban con los ojos llenos de asombro porque habían sido amigos y vecinos toda la vida. Dijo que alguien del gobierno le había dicho que los tutsis eran sus enemigos y les había dado un garrote a ella y un machete a su esposo para luchar contra aquella amenaza. Justificaba la matanza diciendo que había sido como hacer «un favor» a aquellos niños, que se habrían convertido en unos huérfanos indefensos porque sus padres ya habían sido asesinados.

Hasta hace poco no se ha reconocido el uso sistemático de la violación de las mujeres tutsis como táctica para sembrar el terror y la aniquilación espiritual. Según algunos informes, todo empezó cuando un alcalde hutu, Silvester Cacumbibi, violó a la hija de un amigo suyo y luego hizo que la violaran otros hombres. La joven contó más tarde que Cacumbibi le había dicho: «No malgastaremos balas contigo; te violaremos y eso aún será peor».

A diferencia de las violaciones de mujeres chinas por parte de soldados japoneses en Nanking (que se describirán más adelante), donde los detalles de la pesadilla se habían desdibujado por unos defectos en los primeros informes y por la renuencia de los chinos a revivir aquella experiencia contándosela a extraños, se sabe mucho de la dinámica psicológica de la violación de las mujeres ruandesas.¹³

Cuando los habitantes de la ciudad de Butare se defendieron del ataque de los hutus, el gobierno provisional envió a una persona muy especial para que se ocupara de lo que el gobierno consideraba una sublevación. Esta persona, la ministra nacional de la mujer y la familia, era hija predilecta de Butare porque se había criado en la ciudad. Pauline Nyira-

masuhuko, una tutsi que en su anterior trabajo como asistente social daba conferencias sobre los derechos de la mujer, era la única esperanza de aquella gente. Pero aquella esperanza se desvaneció de inmediato. Pauline organizó una trampa mortal prometiendo a los habitantes de Butare que Cruz Roja les daría comida y refugio en el estadio de la ciudad; pero lo que esperaba a los inocentes que se acercaron al estadio era una banda de milicianos hutus (los interahamwe) que acabaron con todos ellos. Los ametrallaron, les lanzaron granadas y los supervivientes fueron asesinados a machetazos.

Pauline ordenó a los milicianos que violaran a las mujeres antes de matarlas. Dio gasolina de su coche a otro grupo de asesinos que custodiaban a setenta mujeres y niñas y les ordenó que las quemaran vivas. También les conminó a que las violaran antes de matarlas. Uno de aquellos jóvenes le dijo a un traductor que no las podían violar porque «habíamos estado matando todo el día y estábamos muy cansados. Nos limitamos a meter la gasolina en botellas y la esparcimos por las mujeres; después, les prendimos fuego».

Una joven, Rose, fue violada por el hijo de Pauline, Shalom, que decía tener «autorización» de su madre para violar a mujeres tutsis. Fue la única mujer tutsi a la que se dejó vivir para que pudiera informar a Dios como testigo del genocidio. Luego se la obligó a mirar mientras su madre era violada y asesinaban a veinte parientes suyos.

En un informe de Naciones Unidas se calcula que durante este breve período de terror fueron violadas por lo menos 200.000 mujeres y que muchas de ellas fueron asesinadas después. «Algunas fueron penetradas con lanzas, cañones de fusil, botellas o estambres de banano. Mutilaban sus órganos sexuales con machetes, agua hirviendo y ácido; les cortaban los pechos de cuajo» (pág. 85). «Empeorando aún más las cosas, las violaciones, que en su mayoría eran cometidas por muchos hombres seguidos, solían ir acompañadas de otras formas de tortura física y se realizaban en público para multiplicar el terror y la degradación» (pág. 89). También se utilizaban para reforzar públicamente el vínculo social entre los asesinos hutus. Las violaciones en grupo suelen dar origen a esta clase de camaradería.

No hubo límite para aquellas atrocidades. «Una mujer ruandesa de cuarenta y cinco años de edad fue violada por su hijo de doce años —que tenía el hacha de un interahamwe en la garganta— delante de su esposo, mientras se obligaba a sus otros cinco hijos a mantenerle las piernas abier-

tas» (pág. 116). La propagación del sida entre las supervivientes de aquellas violaciones sigue causando estragos en Ruanda. «Usar una enfermedad, una plaga, a modo de terror apocalíptico, de guerra biológica, aniquila a los procreadores y perpetúa la muerte durante generaciones», afirma Charles Strozier, profesor de historia del John Jay College of Criminal Justice de Nueva York (pág. 116).

¿Cómo podemos ni siquiera empezar a entender las fuerzas que actuaron para convertir a Pauline en una clase nueva de criminal, en una mujer que orquestó una matanza de mujeres enemigas? Una combinación de historia y de psicología social nos puede ofrecer un marco de referencia basado en las diferencias de poder y de estatus. En primer lugar, Pauline se había sentido conmovida por la sensación de inferioridad de las mujeres hutus ante la belleza y la altivez de las mujeres tutsis. El hecho de que fueran más altas y de piel más clara, y de que tuvieran unos rasgos más caucasianos, las hacían más deseables para los hombres.

A principios del siglo XX el poder colonial belga y germánico estableció una distinción racial arbitraria para diferenciar a dos pueblos que llevaban siglos casándose entre sí, que hablaban la misma lengua y que compartían la misma religión. Obligaron a todos los ruandeses a llevar encima un documento de identidad en el que constara si pertenecían a la mayoría hutu o a la minoría tutsi, y reservaron para los tutsis el acceso a la enseñanza superior y los cargos de la administración. Esto había sido otro acicate para el deseo de venganza de Pauline. También es cierto que Pauline era una oportunista política en una administración dominada por hombres y que quiso demostrar su lealtad, su obediencia y su fervor patriótico ante sus superiores orquestando unos crímenes que ninguna mujer había cometido antes que ella. Instigar las matanzas y las violaciones de los tutsis también fue más fácil, porque se les trataba como si fueran entes abstractos y se les aplicaba el término deshumanizador de «cucarachas», algo que era necesario «exterminar». Aquí tenemos un documento vivo de la imaginación hostil que pinta los rostros del enemigo con matices odiosos y luego destruye la tela.

Por inconcebible que nos pueda parecer que alguien pueda inspirar deliberadamente unos crímenes tan monstruosos, Nicole Bergevin, la abogada de Pauline en su juicio por genocidio, nos recuerda que «cuando te encargas de juicios por asesinato te das cuenta de que todos somos vulnerables aunque ni siquiera podamos soñar con ser capaces de cometer estos actos. Pero te acabas dando cuenta de que todos somos vulne-

rables. Me podría pasar a mí, le podría pasar a mi hija. Te podría pasar a ti» (pág. 130).

La acreditada opinión de Alison Des Forges, de Human Rights Watch, que ha investigado muchos de estos bárbaros crímenes, destaca aún con más claridad una de las tesis principales de este libro. Des Forges nos obliga a ver nuestro propio reflejo en estas atrocidades:

Esta conducta se halla justo bajo la superficie de cualquiera de nosotros. Las descripciones simplificadas de un genocidio permiten distanciarnos de sus autores. Son tan malvados que no podemos ni imaginarnos haciendo lo mismo. Pero si tenemos en cuenta la terrible presión bajo la que actuaban, automáticamente vemos reafirmada su humanidad y eso es algo muy alarmante. Nos vemos obligados a contemplar la situación y a preguntarnos: «¿Qué habría hecho yo?». A veces, la respuesta no es nada alentadora (pág. 132).

El periodista francés Jean Hatzfeld entrevistó a diez miembros de la milicia hutu que hoy se encuentran en prisión por haber asesinado a golpes de machete a miles de civiles tutsis.¹⁴ Los testimonios de estos hombres corrientes —la mayoría de ellos agricultores y religiosos practicantes, aunque también había un antiguo maestro de escuela— son escalofrantes por la descripción que hacen, con toda naturalidad y sin remordimiento alguno, de aquella crueldad inconcebible. Sus palabras nos obligan una y otra vez a afrontar lo inimaginable: que el ser humano es capaz de renunciar por completo a su humanidad por una ideología irreflexiva, de cumplir hasta el exceso las órdenes de unas autoridades carismáticas de que destruya a todo aquel al que etiqueten como «enemigo». Reflexionemos sobre algunos de estos relatos, que hacen palidecer el *A sangre fría* de Truman Capote.

«Había matado a tanta gente que ya no le daba importancia. Pero quiero dejar claro que, desde el primero hasta el último que maté, no me arrepentí ni una sola vez.»

«Cumplíamos órdenes. Estábamos todos entusiasmados. Formábamos equipos en el campo de fútbol y salíamos de caza como si fuéramos hermanos.»

«Si en el momento de matar alguno sentía pena y vacilaba, tenía que mirar muy bien lo que decía y procurar no revelar sus dudas por temor a que le acusaran de complicidad.»

«Matamos a todos los que hallamos escondidos entre el papiro. No había razón para elegir, esperar o temer a nadie. Descuartizamos a conocidos, descuartizamos a vecinos, no hacíamos más que descuartizar.»

«Sabíamos que nuestros vecinos tutsis no eran culpables de nada, pero culpábamos a todos los tutsis de nuestros problemas. Ya no los mirábamos uno a uno, ya no los reconocíamos como habían sido, ni siquiera a los colegas. Se habían convertido en una amenaza mayor que todo lo que habíamos compartido, mayor que nuestra forma de ver las cosas en la comunidad. Así era como pensábamos al matarlos.»

«Cuando encontrábamos a un tutsi en los pantanos ya no veíamos a un ser humano, a una persona como nosotros, con sentimientos y pensamientos similares. La cacería era salvaje, los cazadores eran salvajes, las presas eran salvajes: el salvajismo se apoderaba de todo.»

La reacción especialmente conmovedora de Berthe, una de las tutsis supervivientes, ante la brutalidad de aquellos asesinatos y violaciones, expresa un tema que volveremos a tratar más adelante:

«Antes sabía que un hombre podía matar a otro porque es algo que siempre ha sucedido. Ahora sé que hasta la persona con la que has compartido comida, o con la que has dormido, te puede matar sin problemas. El vecino más cercano te puede matar con los dientes: esto es lo que he aprendido del genocidio, y mis ojos ya no ven el mundo como antes.»

En su obra *Shake Hands with the Devil*, el teniente general Roméo Dallaire ha expuesto con toda crudeza sus experiencias como comandante de la fuerza de paz de Naciones Unidas en Ruanda.¹⁵ Aunque pudo salvar a miles de personas gracias a su heroico esfuerzo, Dallaire se quedó destrozado al no poder conseguir más ayuda de Naciones Unidas para impedir muchas más atrocidades. Acabó sufriendo un grave trastorno por estrés postraumático como víctima psicológica de aquella masacre.¹⁶

La violación de Nanking

El horror de la violación es tan gráfico, y por ello tan fácil de visualizar, que usamos el término metafóricamente para describir las inconcebibles atrocidades de otra guerra. Los soldados japoneses asesinaron en-

tre 260.000 y 350.000 civiles chinos en unos meses sangrientos de 1937. Estas cifras superan las muertes causadas por el bombardeo atómico de Japón y el número de civiles que murieron en los países europeos durante la Segunda Guerra Mundial.

Aparte del número de chinos asesinados, es importante reconocer la «creatividad malvada» de sus torturadores, que llegaron a convertir la muerte en una liberación. La investigación de aquel horror realizada por Iris Chang ha revelado que se usó a varones chinos para hacer prácticas de bayoneta y para concursos de decapitación. Se calcula que fueron violadas entre 20.000 y 80.000 mujeres. Muchos soldados iban más allá de la violación y las destripaban, les cortaban los pechos o las clavaban vivas a la pared. Obligaban a los padres a violar a sus hijas y a los hijos a violar a sus madres bajo la mirada del resto de la familia.¹⁷

La guerra engendra crueldad y actos brutales contra cualquiera que sea señalado como «el enemigo», como «el otro» deshumanizado y diabólico. La violación de Nanking es conocida por los detalles gráficos de los atroces extremos a los que llegaron los soldados para degradar y destruir a civiles inocentes, a «enemigos no combatientes». Sin embargo, si sólo fuera un caso aislado y no un capítulo más de la historia de las atrocidades cometidas contra civiles, podríamos pensar que fue una anomalía. Pero las tropas británicas ejecutaron y violaron a civiles durante la guerra de la Independencia estadounidense. Se calcula que hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, y entre 1945 y 1948, los soldados del Ejército Rojo violaron a unas 100.000 mujeres en Berlín. Además de las violaciones y los asesinatos de más de 500 civiles en la masacre de My Lai en 1968, en unos documentos secretos desclasificados hace poco por el Pentágono se describen 320 casos de atrocidades cometidas por soldados estadounidenses contra civiles vietnamitas y camboyanos.¹⁸

Deshumanización y desconexión moral en el laboratorio

Podemos dar por sentado que la mayoría de las personas, en la mayoría de las ocasiones, son seres morales. Pero imaginemos que esta moralidad es como un cambio de marchas que en ocasiones se sitúa en punto muerto. Cuando ocurre esto, la moralidad se desconecta. Si el coche se encuentra en una pendiente, tanto él como el conductor se precipitan cuesta abajo. Dicho de otro modo, lo que determina el resultado es la na-

turalidad de las circunstancias, no la destreza o las intenciones del conductor. Creo que esta sencilla analogía expresa uno de los temas importantes de la teoría de la desconexión moral desarrollada por mi colega de Stanford Albert Bandura. En un capítulo posterior examinaremos su teoría porque nos ayudará a explicar por qué algunas personas, por lo demás buenas, acaban haciendo el mal. Por ahora deseo centrarme en el estudio experimental que realizaron Bandura y sus ayudantes porque ilustra la facilidad con que se puede desconectar la moral mediante la táctica de deshumanizar a una posible víctima.¹⁹ En una elegante demostración que pone de manifiesto el poder de la deshumanización, veremos que una sola palabra aumenta la agresividad hacia una persona. Veamos cómo se desarrolló este experimento.

Imaginemos que somos estudiantes universitarios, que nos hemos presentado como voluntarios para un estudio de la resolución de problemas en grupo, y que pasamos a formar parte de un equipo de tres personas de nuestra facultad. Nuestra tarea es ayudar a los estudiantes de otra facultad a mejorar su capacidad para la resolución de problemas castigándolos cuando cometan errores. Los castigos consisten en descargas eléctricas cuya intensidad podemos aumentar en pruebas sucesivas. Después de tomar nuestros nombres y los del otro equipo, el asistente abandona la sala para decirle al experimentador que el estudio puede empezar. Habrá diez pruebas y en cada una de ellas podremos decidir la intensidad de la descarga que vamos a administrar al otro grupo de estudiantes que se encuentran en la sala adyacente a la nuestra.

Sin que nos demos cuenta de que forma parte del experimento, «por casualidad» oímos por el interfono que el asistente se queja al experimentador diciendo que los otros estudiantes «son unos animales». No lo sabemos, pero en otras dos condiciones para las que han sido asignados al azar otros estudiantes como nosotros, el asistente describe a los otros estudiantes diciendo que son «muy buena gente» o no dice nada de ellos.

¿Tendrán algún efecto estas etiquetas tan simples? Al principio parece que no. En la primera prueba todos los grupos responden administrando unos niveles bajos de descarga, alrededor del nivel 2. Pero pronto empieza a tener importancia lo que ha oído cada grupo acerca de los otros estudiantes. Si no sabemos nada de ellos, las descargas que administraremos tendrán una media cercana al nivel 5. Si hemos pensado en ellos como «buena gente», los trataremos de una manera más humanita-

ria y el promedio de la intensidad de nuestras descargas se situará en torno al nivel 3. Sin embargo, el hecho de imaginarlos como «unos animales» anulará la compasión que podamos sentir por ellos y, cuando cometan errores, empezaremos a aplicarles descargas de una intensidad cada vez mayor, significativamente mayor que en las otras condiciones, hasta llegar al nivel 8, el más elevado.

Pensemos unos instantes en los procesos psicológicos que ha activado en nuestra mente una simple etiqueta. Hemos oído que una persona a la que no conocemos personalmente le dice a una autoridad a la que nunca hemos visto que otros estudiantes como nosotros parecen «unos animales». Este único término descriptivo modifica nuestra construcción mental de esos otros. Nos distancia de la imagen de unos jóvenes universitarios que deben de ser muy parecidos a nosotros. Ese nuevo estado mental tiene un poderoso impacto en nuestra conducta. Las racionalizaciones *a posteriori* que generaron los estudiantes para explicar por qué habían aplicado unas descargas tan fuertes a esos estudiantes que parecían «unos animales» fueron igual de fascinantes. Este ejemplo de estudio experimental controlado para investigar procesos psicológicos subyacentes a casos de violencia del mundo real se examinará con más detalle en los capítulos 12 y 13, cuando veamos cómo han estudiado los científicos de la conducta diversos aspectos de la psicología del mal.

Nuestra capacidad de conectar y desconectar selectivamente nuestros principios morales [...] explica por qué la gente puede ser cruel en un momento y compasiva en el siguiente.

ALBERT BANDURA²⁰

Las horrendas imágenes de los maltratos en la prisión de Abu Ghraib

La fuerza impulsora que hay detrás de este libro fue la necesidad de entender mejor el cómo y el porqué de los maltratos físicos y psicológicos que unos miembros de la policía militar estadounidense infligieron a prisioneros de la cárcel iraquí de Abu Ghraib. Cuando las pruebas fotográficas de estos maltratos dieron la vuelta al mundo en mayo de 2004, todos pudimos ver, por primera vez en la historia, a jóvenes, hombres y mujeres, estadounidenses aplicando unas formas inconcebibles de tortura a unos civiles a los que supuestamente debían custodiar. Vemos a torturadores y

torturados en aquel muestrario de depravación que los soldados mismos documentaron con fotografías.

¿Por qué guardaron esas pruebas fotográficas de sus actos delictivos sabiendo que si se hubieran descubierto les hubieran traído muchos problemas? En esas «fotos de trofeo» que recuerdan a las de los cazadores de antaño que posaban con orgullo sobre las piezas que habían abatido, vemos a unas mujeres y unos hombres sonrientes maltratando a unos prisioneros reducidos a la condición de animales. Hay imágenes de golpes y patadas a prisioneros; de soldados que saltan sobre sus pies; de prisioneros desnudos obligados a formar pirámides humanas o a llevar unas bragas en la cabeza; de prisioneros obligados a masturbarse o a simular felaciones en presencia de mujeres soldado que sonríen al verlo y de otros que les fotografían y les graban en vídeo; de prisioneros colgados de las vigas de las celdas durante largos períodos de tiempo; de un prisionero arrastrado por el suelo con una correa de perro atada al cuello; de prisioneros aterrorizados ante unos perros militares sin bozal.

La imagen más emblemática que salió de aquella mazmorra y se difundió por las calles de Irak y por todos los rincones del planeta fue la del «hombre del triángulo»: un detenido con capucha, de pie sobre una caja y en una postura forzada, con los brazos extendidos que salían de debajo de una manta y con unos cables eléctricos conectados a los dedos. Se le había dicho que sería electrocutado cuando le fallaran las piernas y se caería de la caja. No importaba que los cables no fueran a ningún lugar; lo importante era que él creía en esa mentira y que su sufrimiento debió de ser insoportable. Aún había más fotos horrendas y vergonzosas que el gobierno estadounidense no dio a conocer al público para no dañar aún más la credibilidad y la imagen moral del ejército estadounidenses y de la administración Bush. He visto centenares de esas imágenes y puedo confirmar que son horripilantes.

Me quedé profundamente abatido al ver aquel sufrimiento, aquel despliegue de arrogancia, aquella indiferencia ante la humillación de unos prisioneros indefensos. También me dejó atónito saber que una soldado que acababa de cumplir los veintiún años de edad y que había participado en los maltratos los había descrito como «pura y simple diversión».

Estaba escandalizado, pero no sorprendido. Los medios de comunicación y los «ciudadanos de a pie» de todo el mundo se preguntaban cómo podían ser capaces de cometer esas maldades aquellos siete hombres y mujeres a los que sus mandos militares habían calificado de «sol-

dados sin escrúpulos» y de «manzanas podridas». En cambio, yo me preguntaba qué circunstancias pudieron inclinar la balanza en aquella galería de la prisión y hacer que incluso unos buenos soldados cometieran aquellas maldades. Y quiero dejar claro que proponer un análisis situacional de esos delitos ni los excusa ni los hace moralmente aceptables. Pero yo quería hallar el significado de aquella locura. Quería entender cómo era posible que, en tan poco tiempo, el carácter de aquellos jóvenes se hubiera transformado hasta el punto de llegar a cometer esos actos inconcebibles.

Universos paralelos: Abu Ghraib y la prisión de Stanford

La razón de que las imágenes y los informes de aquellos maltratos en «la pequeña tienda de los horrores» de Abu Ghraib me escandalizaran, pero no me sorprendieran, fue que ya había visto algo parecido. Cerca de treinta años atrás, en un proyecto que yo mismo había diseñado y dirigido, ya había presenciado unas escenas similares: reclusos desnudos y encadenados, con una bolsa cubriéndoles la cabeza, carceleros pisándoles la espalda mientras hacían flexiones o vejándolos sexualmente, reclusos sufriendo bajo una tensión extrema. Algunas imágenes visuales de aquel experimento son virtualmente idénticas a las de los guardias y los prisioneros de la remota prisión de Abu Ghraib.

Los estudiantes universitarios que hicieron de reclusos y carceleros en la prisión simulada del experimento realizado en la Universidad de Stanford en el verano de 1971 se reflejaban en esos prisioneros y guardias reales del Irak de 2003. Y yo no sólo había presenciado aquellos sucesos: también había sido el responsable de crear las condiciones que los permitieron. Como investigador principal del proyecto diseñé un experimento en el que unos estudiantes normales, sanos e inteligentes iban a desempeñar al azar los papeles de reclusos o de carceleros en un entorno carcelario simulado con realismo en el que iban a vivir y trabajar varias semanas. Los estudiantes que me ayudaban en la investigación —Craig Haney, Curt Banks y David Jaffe— y yo mismo queríamos entender en alguna medida la dinámica que actuaba en la psicología del encarcelamiento.

¿Cómo se adapta la gente normal a esta clase de entorno institucional? ¿Cómo se plasman las diferencias de poder entre carceleros y reclusos en sus interacciones cotidianas? Si colocamos a gente buena en un lugar malo, ¿la persona triunfa o acaba siendo corrompida por el lugar? La vio-

lencia endémica de la mayoría de las prisiones reales, ¿surgiría en una prisión llena de buenos chicos de clase media? Éstas eran algunas de las cuestiones que deseábamos investigar en lo que empezó siendo un simple estudio de la vida en prisión.

ESTUDIAR EL LADO OSCURO DE LA NATURALEZA HUMANA

Como diría el poeta Milton, el viaje que vamos a emprender hará que nos adentremos en la «oscuridad visible». Nos llevará a lugares donde el mal, sea cual sea su definición, ha acabado triunfando. Conoceremos a muchas personas que han cometido atrocidades con otras, muchas veces motivadas por unos fines elevados, por la mejor de las ideologías, por un imperativo moral. Advierto al lector que a lo largo del camino nos encontraremos con demonios, aunque puede que se sienta decepcionado por su banalidad y por su parecido con cualquier vecino suyo. Con su permiso, y como guía de esta aventura, le invitaré a ponerse en el lugar de esas personas y a mirar con sus ojos para que se haga una idea del mal más completa, más cercana y personal. A veces, lo que veremos será pura y simplemente horroroso, pero si no examinamos y entendemos las causas de ese mal no podremos cambiarlo, contenerlo o transformarlo mediante decisiones fundadas y medidas sociales innovadoras.

El sótano del Jordan Hall de la Universidad de Stanford es el telón de fondo que emplearé para ayudar al lector a entender cómo era ser recluso, carcelero o subdirector de prisión en aquella época y aquel lugar tan especial. Aunque aquel estudio es muy conocido por la prensa y por algunas publicaciones académicas, hasta ahora no se ha dado a conocer toda su historia. Narraré los acontecimientos tal como se produjeron, en primera persona y en tiempo presente, exponiendo en orden cronológico los hechos más destacados de cada día y de cada noche. Después de que hayamos considerado las implicaciones éticas, teóricas y prácticas del experimento de la prisión de Stanford, ampliaremos las bases de nuestro estudio psicológico del mal examinando una serie de estudios experimentales y de campo realizados por psicólogos que ilustran el poder que ejercen las fuerzas situacionales en la conducta individual. Analizaremos con cierto detalle los estudios realizados sobre la conformidad, la obediencia, la desindividuación, la deshumanización, la desconexión moral y la maldad de la pasividad o la inacción.

Como dijera el presidente Franklin Roosevelt; «El hombre no es prisionero del destino, sino de su propia mente». Las prisiones son una metáfora de los límites literales o simbólicos a la libertad. El experimento de la prisión de Stanford empezó como una prisión simbólica y se acabó convirtiendo en una prisión totalmente real en la mente de los reclusos y carceleros. ¿Qué otras prisiones que limitan nuestras libertades básicas nos imponemos a nosotros mismos? Los trastornos neuróticos, la carencia de amor propio, la timidez, los prejuicios, la vergüenza y el miedo excesivo al terrorismo, son algunas de las quimeras que limitan nuestro potencial para la libertad y la felicidad y que nos impiden apreciar plenamente el mundo que nos rodea.²¹

Dotados de estos conocimientos volveremos a centrar nuestra atención en Abu Ghraib. Pero ahora iremos más allá de los titulares de prensa y de las imágenes de televisión para considerar con más detalle cómo era ser un prisionero o un guardia de aquella infame prisión cuando se produjeron los maltratos. La tortura, con las formas nuevas que ha adoptado desde la Inquisición, irrumpirá de lleno en nuestro estudio. Llevaré al lector al consejo de guerra de uno de aquellos policías militares y veremos las secuelas negativas de sus actos. A lo largo de nuestro viaje aplicaremos todo lo que sabemos de los tres componentes de la interpretación que hacemos desde la psicología social, y nos fijaremos en la actuación de las personas en una situación creada y mantenida por fuerzas sistémicas. Someteremos a juicio a la estructura del mando militar estadounidense, a altos mandos de la CIA y a altos cargos del gobierno estadounidense por su complicidad en la creación del sistema enfermizo que alimentó las torturas y los maltratos de Abu Ghraib.

En la primera parte del capítulo final ofreceré algunos consejos para hacer frente a las influencias sociales no deseadas, para fortalecer nuestra resistencia a los señuelos de los profesionales de la influencia. Queremos saber cómo podemos combatir las tácticas de control mental que intentan someter nuestra libertad de elección a la tiranía de la conformidad y la obediencia y que emplean el miedo para hacernos dudar. Aunque proclamo el poder de la situación, también pregonó el poder de las personas para actuar de una manera consciente y crítica, como ciudadanos informados, con criterio y determinación. Entender cómo actúa la influencia social y tomar conciencia de que todos somos vulnerables a su poder sutil y penetrante nos convertirá en consumidores sensatos y críticos que no cederán con facilidad ante dinámicas de grupo, a

la influencia de autoridades, a llamamientos persuasivos, a estrategias de conformidad.

Quisiera acabar planteando una pregunta opuesta a la del principio. En lugar de pedir al lector que considere si es capaz de hacer el mal, me gustaría que considerara si es capaz de actuar con heroísmo. Mi argumentación final introduce el concepto de la «banalidad del heroísmo». Creo que todos somos héroes en potencia a la espera del momento situacional adecuado para tomar la decisión de actuar a favor de los demás sin pensar en sacrificios ni riesgos personales. Pero aún queda por hacer un largo viaje antes de llegar a esta feliz conclusión. Así que, *¡andiamo!*

Dijo el poder al mundo,
«Eres mío».
Y el mundo lo mantuvo cautivo en su trono.
Dijo al mundo el amor, «Tuyo soy».
Y el mundo le brindó la libertad de su hogar.

RABINDRANATH TAGORE, *Pájaros perdidos*²²